

ANTONIO MANZINI

7-7-2007

Traducción del italiano de
Julia Osuna Aguilar



Título original: 7-7-2007

Ilustración de la cubierta: E+ / Getty Images

Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2016
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-26-5
Depósito legal: B-7.938-2018

1ª edición, mayo de 2018
Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

Para Tom

En mi total incertidumbre, algo sin embargo tengo por cierto: que los hombres, por debajo de las capas superficiales de fragilidad, desean ser buenos, quieren ser amados. Y es verdad que muchos de sus vicios no son más que atajos que intentan abrir para llegar al amor.

JOHN STEINBECK

United united united we stand, united we never shall fall!

Abrió los ojos y se incorporó de golpe en la cama.

—Pero ¿qué...?

Alarmada por los movimientos de su amo, *Loba* también había levantado las orejas. La música venía del piso de al lado.

United united united we stand, united we stand one and all!

Ritmo tribal, guitarrazos catarrosos y distorsionados, un coro simiesco con un lema de encefalograma plano. Ese género musical, el heavy metal, ostentaba el séptimo grado de la clasificación de tocadas de cojones de Rocco Schiavone. Si sonaba a las cuatro menos cuarto de la madrugada, subía directo al noveno.

—¡Me cago en la puta! —gritó, levantándose de la cama.

En los diez días que llevaba en su nuevo piso de via Croix de Ville se había familiarizado con la casa, pero no con los vecinos. Y menos aún con los de enfrente.

No le quedaba más remedio: era hora de hacerles una visita.

Abrió la puerta, pero la embestida del frío de la escalera lo hizo regresar para ponerse el loden directamen-

te sobre los calzoncillos y la camiseta antes de volver a salir descalzo. Llamó a la puerta. Sin respuesta. La música también retumbaba en el rellano.

So keep it up, don't give in...

Llamó al timbre y aporreó la puerta. Se hizo un silencio repentino, seguido de pasos veloces. Un roce en la madera, señal de que alguien observaba por la mirilla.

—Sí, soy Schiavone, el vecino. ¡Abra!

La puerta se abrió de par en par y apareció un chico de dieciséis años. Granos, pelo largo, en calzoncillos, con una camiseta de Iron Maiden agujereada, la piel blanca como el vientre de un pez.

—¿S... sí?

—¿Sí? ¿Cómo que sí? Me cago en la puta... Son las cuatro menos cuarto de la mañana y ¿vas y pones música a todo trapo?

El chico hundió la cabeza entre los hombros.

—Perdone, creía que no había nadie.

—Pues creías mal. Llevo viviendo aquí diez días. ¿Y de los otros vecinos te has olvidado?

—No hay nadie en todo el edificio. Los Benaix están en Holanda y los Candiani se han ido también de viaje. Perdona, si lo hubiera sabido no...

—Ahora ya lo sabes. Búscate unos cascos y escucha a los Judas Priest a toda hostia. ¡Por mí como si te revientas los tímpanos!

El chico esbozó una sonrisa.

—¿Conoce a los Judas Priest?

—Claro. Son un grupo de cuando yo era joven. Lo raro es que los conozcas tú.

El vecino levantó tímidamente la mano derecha, formando unos cuernos con el pulgar extendido, y dijo con una sonrisita:

—*Rock'n roll will never die!*

—¿Eres tonto o qué, chaval? Mira, vete a dormir, colega, que mañana hay colegio. ¡Como vuelvas a des-

pertarme con esa mierda de música, te echo a *Loba* para que te despedace vivo!

Sólo entonces el chico pareció reparar en la presencia de la perra.

—¡Anda, qué bonito!

—¡Bonita!

—¿De qué raza es?

—Un Saint-Rhémy-en-Ardenes.

El chico se echó a reír.

—¿Eso es una raza?

—Si los Judas Priest son un grupo de música, eso es una raza.

—Me llamo Gabriele, por cierto.

—Y a mí qué coño me cuentas —respondió Rocco, al que aún no se le había pasado el cabreo.

Acto seguido, dio media vuelta y regresó a su piso.

De seguir durmiendo ni hablar. Se dio una ducha rápida, le echó de comer a la perra y salió de casa. El amanecer había emborronado de rosa el cielo y los tejados húmedos de Aosta. Quería desayunar, un café doble, dos cruasanes, y contemplar la piazza Chanoux mientras iba adquiriendo lentamente los colores del nuevo día, que se auguraba radiante, sin una nube acechando entre las chimeneas, apagadas desde hacía un mes.

Se miró los zapatos, el decimosexto par de Clarks que había comprado en diez meses, el más afortunado; con un poco de esfuerzo, quizá incluso le aguantaran hasta el próximo invierno. Un viento ligero y frío, pero no helado, le acariciaba el rostro. *Loba* se paraba en todas las esquinas para olfatear los mensajes dejados por otros perros durante la noche. Él, por su parte, se paró sólo en el quiosco para comprar el periódico. Se quedó de piedra cuando vio el artículo en primera plana.

EL CRIMEN DE LA CALLE PIAVE,
AÚN SIN RESOLVER

Ya nadie habla del asesinato que hace más de un mes se llevó la vida de Adele Talamonti, acribillada con seis tiros cuando, según el portavoz de la fiscalía, se alojaba en el piso del subjefe Rocco Schiavone en la calle Piave. ¿Quién entró en esa casa para matar a la pobre Adele? ¿Era ella el blanco o las balas iban dirigidas al subjefe? Parece que somos los únicos que seguimos haciéndonos estas preguntas. Creemos nuestro deber recordar a los lectores que ciertos hechos en apariencia inexplicables podrían responder a una razón sencilla pero incómoda, como, por ejemplo, no manchar la imagen de un oficial de la policía que lleva diez meses trabajando en la jefatura de Aosta y que parece ser el protegido del jefe superior, Andrea Costa. Nosotros, sin embargo, recordamos que la noche del 13 de mayo Adele Talamonti fue brutalmente asesinada y que, de momento, pese a las muchas promesas, no se conocen ni la persona que dio la orden ni menos aún los ejecutores. Lo único que ha sucedido es una cosa: Rocco Schiavone se ha cambiado de casa. Evidentemente, no consigue convivir con su culpa. Tenemos la esperanza de que tanto la jefatura como su señoría el juez Baldi nos den pronto una respuesta concreta tanto al periódico como a los ciudadanos.

Sandra Buccellato

Rocco arrugó el periódico y lo arrojó a la papelera. Era hora de cerrarle la boca de una vez por todas a Sandra Buccellato, la periodista y ex mujer de Costa,

responsable del odio que éste le profesaba a todo el gremio, como consecuencia de su fuga con un reportero de *La Stampa*. Debía encontrarla, amenazarla, pegarle. ¿Cómo se atrevía? Una frase en particular —«Evidentemente, no consigue convivir con su culpa»— le había tocado la moral. Llevaba conviviendo con su culpa desde el 7 de julio de 2007, ¡qué coño sabría Sandra Buccellato! Pero no tenía por qué darle explicaciones, bastaba con que se pasara por la redacción y la hiciera callar.

El café le supo a tierra, y los cruasanes, a mantequilla derretida.

—¿Qué le pasa, subjefe? —le preguntó Ettore.

En el bar ya había unas diez personas desayunando. Rocco negó con la cabeza.

—Nada, Ettore, otro día de perros.

—¿Tan temprano? ¿Se cuece algo?

—No, nada. ¿Conoces a Sandra Buccellato?

El camarero sonrió.

—¿Que si la conozco? Viene al bar al menos tres veces al día. Tiene la redacción ahí enfrente.

—¿Y podrías describírmela?

—No. Porque leo el periódico y, conociéndolo a usted, sé que lo que pretende es que le haga un retrato robot para poder identificarla y desgraciarle la vida.

—Ettore, yo a las mujeres no las toco.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dice de Nora Tardioli, que justo ahí fuera le tiró un spritz en la chaqueta? ¿O de Anna Cherubini, a la que con sólo oír su nombre se le va el color de la cara y le salen ronchas por el cuello...?

Rocco miró al hombre a los ojos.

—Tú lo de no meterte donde no te llaman...

—¡Ah, no, subjefe! Tengo un bar... —dijo para justificar su conducta, y luego dio media vuelta y regresó tras la barra.

Rocco apuró el café e hizo ademán de salir, pero se detuvo en el umbral.

—Entonces, puesto que lo sabes todo —dijo a gritos, llamando la atención de tres clientes, que se volvieron para mirarlo—, ¿sabes también de qué raza es mi perra?

—Saint-Rhémy-en-Ardenne, señor Schiavone. ¡Quién no conoce semejante raza!

Los dos se echaron a reír. Ettore cada vez le caía mejor.

—¡Dile de mi parte que la estoy buscando!

—Se lo diré.

En la jefatura, los trabajadores de la limpieza debían de estar en huelga, porque no parecían haber pasado por su despacho. El desorden de la noche anterior seguía intacto, como si su escritorio fuera el escenario de un crimen que no hubiera que tocar hasta la llegada de la Científica. Cerró la puerta y abrió el cajón. La cajita de madera taraceada estaba vacía. Puñetazo en el estómago. Un obstáculo insuperable. Se disponía a fumarse el único porro que le quedaba. Lo preparó con un primor obsesivo. Lo encendió. Y lo disfrutó en paz mientras contemplaba el cielo del otro lado de la ventana y esperaba a que sus neuronas congestionadas por la noche insomne volviesen a funcionar.

El teléfono sonó a la tercera calada.

—Schiavone...

—Costa.

—Justo ahora iba a subir a verlo, jefe...

—Bien. Pero déjese a la perra en el despacho. La última vez me mordisqueó la pata de la silla.

Rocco colgó y miró a *Loba*, que estaba durmiendo en el sofá. Recogió del suelo la pelota de tenis que le había comprado y se la dejó al lado del hocico. Abrió la ventana y salió.

Costa presidía la estancia desde detrás de su escritorio, mientras que Baldi se había acomodado en uno de los sillones de piel clara. El juez escrutó a Rocco, le dio la mano de mala gana y murmuró entre dientes un «buenos días» cargado de resentimiento. Costa también estaba nervioso, pero, al contrario que Baldi, lo saludó en un tono demasiado alto, como solía hacer:

—¡Buenos días, señor Schiavone, siéntese, por favor! —Le señaló el asiento libre al lado del juez—. Bueno, bueno, bueno... —Entrelazó las manos y las apoyó en la mesa antes de ir al grano—: Hablemos del caso de la calle Piave. Según me ha contado su señoría aquí presente, usted conoce la identidad del asesino y el móvil, pero no quiere facilitarnos dicha información. ¿Es eso cierto o son meras especulaciones del magistrado?

Rocco miró a Baldi y les sonrió a ambos.

—Si lo saben todo, ¿por qué se andan con rodeos?

—Es usted un representante de la autoridad —intervino entonces Baldi— y debería actuar como tal. Le repito lo dicho: sabemos que va a menudo a Roma, sabemos con quién se reúne, a quién frecuenta...

—Y también saben cómo se llama el asesino, Enzo Baiocchi.

Costa y Baldi se miraron al oír el nombre.

—¿Quién es Enzo Baiocchi y por qué quiere verlo a usted muerto?

Rocco estiró el cuello, que aún le dolía a causa de la noche en blanco.

—Con todo lo que saben sobre mí, ¿cómo es posible que ignoren eso?

—Mire, Schiavone, es usted un incordio de hombre y no se da cuenta de que Baldi y yo lo único que intentamos es ayudarlo. ¿No lo comprende? ¡Queremos protegerlo!

—¿Protegerme de qué?

—Tiene enemigos a patadas, y no me refiero sólo a los que tiene entre los delincuentes. No, tiene un buen puñado en el mismísimo palacio del Viminale. Lo desterraron aquí, pero podría haber sido mucho peor.

—¿Usted cree?

—¡Me tiene hasta los cojones con su ironía! —gritó Baldi—. Se está jugando un traslado y cosas mucho peores.

Schiavone abrió los brazos, resignado.

—¿Como qué? ¿Que me echen del cuerpo? ¿Que me destinen a un puesto remoto en el Aspromonte?

—No, mi querido amigo. —Costa esbozó una sonrisa de circunstancias—. Se arriesga usted a una investigación muy seria sobre sus cuentas, su patrimonio, sus propiedades y sus amistades. Créame si le digo que ser expulsado de la policía sería un regalo comparado con lo que pueden hacerle. —El jefe superior se puso en pie. Dio dos pasos hacia la ventana, entrelazó las manos a la espalda y respiró hondo—. Y nadie podrá ayudarlo, Schiavone. Ni yo ni la fiscalía. Empezaría para usted un calvario sin fin y le juro que no nos detendríamos hasta llegar al fondo del asunto. De modo que —añadió, volviéndose de pronto hacia él—, ¿piensa contárnoslo todo o damos por finalizada la reunión?

Rocco se pasó las manos por la cara y miró a sus dos inquisidores.

—Tres cosas: tiempo...

—Tenemos todo el que quiera —concedió Baldi.

—Café...

—Ahora pido que nos lo traigan... ¿Y la tercera?

—Quiero aquí a mi perra.

Costa levantó el auricular.

—¿Rispoli? Traiga a la perra de Schiavone. Y avise de que no me pasen llamadas en todo el día. Y ya puestos, mande que nos traigan café y agua. —Colgó y fue a sentarse—. Bien, soy todo oídos.

—Antes de empezar...

—¿Ahora qué? —preguntó Baldi, impaciente.

—¿Puedo saber cómo han averiguado todo eso sobre mí?

Los otros dos hombres se sonrieron.

—Usted tiene sus fuentes y nosotros las nuestras.

Rocco sacó un cigarrillo del paquete y se lo llevó a los labios.

—¿Se puede?

—Se trata de un caso excepcional, pero que sea la primera y la última vez en mi despacho —dijo Costa, y le encendió el cigarrillo con un Dupont de sobremesa.

El subjefe dio la primera calada, lanzó el humo hacia el techo y empezó por fin:

—Vale, hagamos como cuando se lee un libro: yo cuento el setenta por ciento y ustedes ponen el resto con su imaginación. De eso tienen de sobra, ¿no?

Baldi y Costa no respondieron y Rocco comenzó su relato.

ROMA. VERANO DE 2007

—¿Qué hora es, cielo? —preguntó, volviéndose en la cama.

Pero a su lado no había nadie.

Desde hacía tres días.

Intentó respirar; algo le bloqueaba la tráquea. Sólo conseguía tragar aire a pequeñas bocanadas que no bastaban para llenarle los pulmones. Jadeaba, un pez recién sacado del lago. Intentó calmar los latidos del corazón, se puso boca arriba y relajó todos los músculos. Respiró lenta y profundamente, superó aquel extraño obstáculo que tenía en la garganta y, esa vez sí, el aire penetró en sus pulmones. Exhaló. Repitió el ejercicio cuatro veces. La cosa iba mejor, su corazón parecía calmarse. Cerró los ojos. Desde luego, tres días sin Marina eran demasiados. Ya en otras ocasiones habían estado separados más de una semana, pero esa vez era ella la que se había ido. Sin dar un portazo, algo que no era su estilo, sin peleas ni gritos. Se había limitado a decir: «Me voy un tiempo a casa de mis padres», y había empezado a preparar la maleta. Hacía tres días.

Aquel domingo de mierda.

Estaba claro que su mujer llevaba un tiempo valoriándolo. El domingo por la mañana se la encontró en el salón bañado por el sol de finales de junio, sentada a la

mesa y enfrascada en los papeles del banco. Los estudiaba y, con un lápiz, iba apuntando cifras y cantidades en una libreta. Rocco entró bostezando.

—¿Quieres café? —le preguntó.

Pero ella se quitó las gafas para mirarlo a la cara y le dijo:

—¿Me lo explicas?

Su mujer quería saber. No se había creído lo de la herencia de su tío ni lo del aumento de sueldo ni la bonificación ni la venta del pequeño local del Trastévere donde su padre tenía la imprenta. No le cuadraban las cuentas.

—Siéntate, Rocco. Y cuéntame de dónde sacas el dinero. Y no me mientas, que no me lo merezco.

Él obedeció. Y se lo explicó. Conforme se confesaba, a Marina se le fueron empañando los ojos. Lo escuchaba sin dejar de jugar con la montura de las gafas. Aunque fuera el sol pegaba con fuerza, en el piso de via Poerio hacía un frío otoñal. No se lo contó todo, evitó mencionar ciertas cosas, omitió algunos detalles, y sin embargo bastó para que ella tomara una decisión.

—Conque así eres... —dijo—. Capaz de cualquier cosa por cuatro perras.

Acto seguido, se levantó. Rocco había intentado detenerla, pero Marina no volvió a hablar. Fue a hacer la maleta bajo la mirada atenta de su marido y después cogió las llaves del Panda. Hasta que no estuvo en el umbral no se volvió para mirarlo y le dijo en voz baja:

—Tengo que pensar. Y mucho. Me voy un tiempo a casa de mis padres. Te pido por favor que no me llames.

Salió y cerró la puerta tras de sí. Rocco se hundió en el sofá, se encendió un cigarrillo y allí se quedó hasta que el sol se escondió tras los tejados de Roma.

